

Independencia y Revolución

El pueblo, riqueza fundamental de México

MIGUEL DE LA MADRID HURTADO

Este año el país conmemora dos acontecimientos centrales de su historia. Un 16 de septiembre de hace 175 años comenzó la lucha por la Independencia y un 20 de noviembre de hace 75 se inició la Revolución mexicana. En el mensaje final de su Tercer Informe de Gobierno —rendido el 1 de septiembre pasado—, el Presidente de la República destacó especialmente tales acontecimientos, subrayando la necesidad de reflexionar sobre nuestro origen y evolución para fortalecer la capacidad nacional de superar los obstáculos presentes y de encarar el futu-

ro con éxito. En medio de la adversidad es más que pertinente recoger y aprovechar los valores con que el pueblo mexicano ha ido enriqueciendo su historia para encauzar por el rumbo correcto los esfuerzos que permitan superar las dificultades. Por todo ello, *Comercio Exterior* reproduce en estas páginas iniciales el texto íntegro del mensaje final del Informe. Los aspectos socioeconómicos del mismo aparecen en la p. 912. El título es de la Redacción.

Mexicanos:

Estamos conmemorando hoy 175 años de la Independencia nacional y 75 de la Revolución mexicana. El pueblo y el Gobierno de México cumplimos un deber de memoria histórica que fortalece nuestro nacionalismo al explicar y reflexionar sobre nuestro origen y evolución.

Para vigorizar nuestra solidaridad en el presente y mantenernos unidos en la proyección del porvenir como Nación independiente y soberana, debemos recordar nuestro pasado. Nuestra historia es fuente inagotable de enseñanzas y compromiso vital para construir el futuro.

Producto de un rico mestizaje cultural y racial, el pueblo me-

xicano decidió en 1810 independizarse de España para iniciar su propio proyecto nacional asumiendo plenamente su soberanía. A lo largo del período colonial, con grandezas y mezquindades, se fue formando un nuevo pueblo para el mundo.

La revolución de Independencia fue un movimiento eminentemente popular y renovador, en los términos planteados por Hidalgo y Morelos. México era entonces apenas el germen de una nueva nación: integrado por un vastísimo territorio, deficientemente comunicado, contaba con una población de alrededor de 6 millones de habitantes dispersos desigualmente en la superficie, divididos por un rígido sistema de castas y sin conciencia común de pertenencia a una unidad política, económica y social. En lo político había una administración colonial que poco aportó a la experiencia del autogobierno. La guerra de Independencia, durante más de diez años, fue una lucha feroz y destructiva que apuntaba el nacimiento difícil y doloroso de una nueva patria.

A partir de la consumación de la Independencia, y por casi 50 años, la Nación se debatió en una profunda lucha por definir su organización social y política. La sociedad fluctuó entre quienes proponían el establecimiento de un Estado constitucional moderno, para transformar la sociedad y la economía, bajo el principio de la libertad y la democracia federal, y los que postulaban la conservación de las estructuras centralizadas y obsoletas del régimen colonial.

México se dividió y buena parte del siglo XIX se caracterizó por la inestabilidad política, la pobreza económica, intervenciones y guerras extranjeras y la amenaza constante de la desintegración nacional. Perdimos entonces más de la mitad del territorio pero ganamos la consolidación de la idea y el sentimiento de nuestra nacionalidad.

La Revolución de la Reforma, con Juárez y la brillante generación que lo acompañó, logró integrar, consolidar y hacer triunfar el proyecto de Nación que concibió el liberalismo mexicano. Plasmado en la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma, el liberalismo logró imponerse sobre la ideología conservadora y defender la libertad y la soberanía de México ante la fallida pretensión de establecer la monarquía con apoyo extranjero. Para entonces, México tenía una población de 8 millones.

A pesar de las desviaciones que el proyecto liberal sufrió durante los gobiernos de Porfirio Díaz, las ideas básicas subsistieron. Fueron las que sirvieron de fundamento originario a la Revolución de 1910, que surgió con Madero para exigir democracia política, y enriqueció la tradición liberal con los postulados de la democracia social y el nacionalismo cultural y económico que inspirarían la Constitución de 1917. Ahí se amalgamaron en admirable síntesis los reclamos de Zapata y Villa, de Carranza y Obregón. En ese magno documento se selló el pacto de campesinos, obreros y clases medias alrededor de las decisiones políticas fundamentales del pueblo de México: libertades individuales y derechos sociales, República representativa, federalismo y municipio, democracia social, división de poderes con régimen presidencial, separación de Estado e Iglesia, rectoría del desarrollo nacional por el Estado como representante de la Nación, y economía mixta.

Tres revoluciones nacionalistas han sido los grandes episodios que fundaron, organizaron e impulsaron la formación de nuestra

historia. Por ello, el nacionalismo revolucionario mexicano es la ideología que sigue conduciendo nuestro destino.

La etapa bélica de la Revolución duró casi una década; más de un millón de mexicanos murió; es más, no olvidemos que aún en los años veinte 200 000 mexicanos perdieron la vida en una guerra religiosa.

Terminada la etapa violenta de la Revolución mexicana, pueblo y Gobierno dedicaron un arduo trabajo para reconstruir al país conforme al proyecto nacional y revolucionario de 1917.

Los últimos 60 años de la vida de México han significado una magna empresa histórica de transformación en todos los aspectos de la vida nacional. La Revolución mexicana nos ha dado un régimen político estable y eficaz que ha propiciado la paz social y el goce de un clima de libertades que caracterizan a un sistema democrático fundado en el constante mejoramiento social, económico y cultural del pueblo.

La Nación ha crecido, se ha integrado y se ha transformado radicalmente en el último medio siglo. Al empezar la década de los 30 éramos 14 millones de mexicanos, todavía dispersos e in-comunicados en nuestro vasto territorio. La economía era débil y predominantemente agraria y minera, con amplios segmentos dominados por el capital extranjero. La sociedad estaba fuertemente polarizada y contrastada, con una débil e incipiente clase media. Nuestros niveles educativos, de salud y alimentación, de vestido y vivienda correspondían a etapas elementales del sub-desarrollo.

Calles, y sobre todo Lázaro Cárdenas, dieron importantes jalones a la creación de instituciones y organizaciones sociales y al avance real del proceso revolucionario.

Después de tres cuartos de siglo de Revolución, los mexicanos de hoy tenemos otra sociedad y otra economía.

Somos 78 millones, la undécima población del mundo; contamos, con una estructura social más diversificada. Se ha transformado la organización agraria del país, aboliendo el latifundio y creando una clase campesina libre y digna. Tenemos clases obreras y medias dinámicas e integradas al quehacer nacional. El país ha desarrollado un sistema educativo y cultural que afirma nuestro ser nacional y transforma cotidianamente la realidad social. Somos un pueblo libre y abierto al cambio; hay dinamismo social. Han mejorado las condiciones de salud; la expectativa de vida al nacer de un mexicano era de 37 años en 1930; ahora es de 67.

La economía mexicana se ha modificado también radicalmente. Es más grande, diversificada y dinámica; se ha multiplicado 16 veces en los últimos 60 años y ocupa el decimocuarto lugar a nivel mundial, en una comunidad internacional de 159 países. Hemos desarrollado un importante sector industrial, que ahora es el que contribuye en proporción mayor y con alto dinamismo al crecimiento de la producción nacional. La agricultura sigue siendo factor fundamental de la economía; ha sido capaz de elevar su producción en seis veces, durante los últimos 50 años. Seguimos siendo un país con minería importante; somos el cuarto productor mundial de petróleo, destacamos ahora en la pesca. Las comuni-

caciones y el transporte se han multiplicado varias veces. El comercio y los servicios crecen constantemente.

La Revolución mexicana ha generado una renovación cultural que profundizó en nuestras raíces, le imprimió un fuerte carácter nacionalista y generó nuevos esquemas educativos. Surgieron y se desarrollaron nuevas escuelas de pintura y artes plásticas, nacieron una literatura y una poesía acordes con los nuevos tiempos, se hizo música con caracteres propios, se rescataron las culturas populares, se filosofó sobre los mexicanos. Se extendió al pueblo la educación, se reconoció al indígena como hermano, se combatió el analfabetismo; hemos llegado a la cobertura total en escuela primaria y avanzado significativamente en los grados medios y superiores. Se han multiplicado los institutos de investigación científica y tecnológica.

Esta radical transformación social, económica y cultural la hemos llevado a cabo con apoyo en un sistema político que nos ha dado estabilidad y eficacia, paz, libertades, derechos sociales, régimen de instituciones y una democracia en proceso permanente de perfeccionamiento.

No hemos terminado de ejecutar el proyecto nacional de la Revolución mexicana. Debemos considerar que una transformación tan radical y profunda no puede realizarse en medio siglo. Los mexicanos hemos hecho en seis decenios lo que otros países han logrado en varios siglos. Lo importante, hay que subrayarlo, es que hemos contado con un proyecto de Nación, que es el que definió la Revolución mexicana, que se ha convertido así en patrimonio común de todos los mexicanos.

A pesar de avances espectaculares, tenemos todavía rezagos considerables y desigualdades lacerantes. Nos falta, todavía, integrar más cabalmente a la Nación en todos los aspectos. Debemos reforzar y hacer más productivo el aparato económico y retomar un desarrollo firme y sostenido. Debemos transformar a la Nación en una sociedad más igualitaria y justa. Debemos redoblar la voluntad para perfeccionar nuestro sistema político mediante la democratización integral y el fortalecimiento del federalismo y el municipio. La tarea de descentralizar la vida nacional es reclamo urgente. Celosamente debemos ampliar y enriquecer las libertades en el pluralismo político y social y en el sistema de economía mixta.

Pero, sobre todo, los mexicanos debemos mantener nuestra soberanía e independencia. El nacionalismo es el valor que soporta y protege los demás valores políticos. Alrededor de nuestro nacionalismo podemos unirnos todos los mexicanos. Así lo demuestra la historia.

En el mundo contemporáneo y en las perspectivas del futuro, México sigue siendo una Nación plenamente viable. Nuestra personalidad cultural, nuestro proceso de integración social, el tamaño de la población, la fortaleza de las instituciones, la densidad y diversidad de la economía, la amplia y variada dotación de recursos naturales, nuestra respetabilidad e influencia en la vida internacional, todos son elementos que apoyan y fortalecerán nuestra independencia, nuestras libertades y nuestra democracia.

Cierto, los hombres hemos cometido errores; no podemos negar desviaciones. Pero errores y desviaciones no desvirtúan la

validez de los principios y las ideas. Éstos sirven para reconocerlos y corregirlos; también para emprender las nuevas tareas que reclama el futuro. A pesar de todo, la Nación tiene más activos que pasivos. Es más en lo que hemos acertado que aquello en lo que hemos errado.

Nuestra riqueza fundamental es el propio pueblo mexicano. Somos un pueblo de vencedores y no de vencidos.

Tenemos una historia dura pero fecunda, un proyecto nacional que nos orienta, una voluntad firme de construir la grandeza nacional.

Frente a las dificultades del presente reafirmemos una voluntad férrea para sacar el país adelante. Apliquémosla a un trabajo sistemático y productivo. Que nadie se quede a un lado de esta magna pero hermosa tarea de renovación nacional.

Ratifico mi compromiso personal de seguir sirviendo leal y patrióticamente a la Nación, de hablar con la verdad, de gobernar con serenidad y firmeza, de no desmayar ante la adversidad, de trabajar al límite máximo de mis capacidades. Reafirmo mi concepto de la Presidencia de la República como pieza de unión de los mexicanos y como el más obligado al servicio de la Nación.

Sobre esta base, convoco nuevamente a todos mis compatriotas a perseverar vigorosamente en nuestra lucha por superar dificultades y a llenarnos de una apasionada fe en México. Seamos dignos frente a nuestra historia; leguemos a nuestros hijos una patria mejor. Convoco a los jóvenes a que se constituyan en la vanguardia de la sociedad; a las mujeres, a que sigan ampliando su contribución para mantener firme a la patria y al desarrollo de la Nación; a los campesinos, a que sigan amando a la tierra y la hagan más productiva para elevar su nivel de vida y alimentar a los mexicanos; a los obreros, a la defensa de la planta industrial, la elevación de su productividad y su modernización; a los empresarios, para que ejerzan con decisión y talento su misión de emprender y arriesgar, de dar más empleo, de producir y exportar más y mejor; a los profesionistas y técnicos para que den nuevo aliento y modernidad al progreso del país; a los maestros, a los intelectuales y artistas a que trasmitan, enaltezcan y hagan cada día más rica y diversa nuestra cultura nacional; a los soldados y a los marinos a seguir protegiendo con lealtad y honor la soberanía del pueblo, sus libertades y sus derechos.

Los mexicanos de hoy debemos hacer honor a los mexicanos de ayer y ser dignos ante los mexicanos de mañana.

Si cada quien se aplica con decisión y ánimo renovado al cumplimiento pleno de su deber, no hay ni habrá obstáculo ni hazaña que no podamos superar y realizar. Volveremos a vencer la adversidad; seguiremos construyendo la grandeza nacional.

Estas son las tareas a que hoy convoco a todos los mexicanos. No hay otro camino que el de la renovación y el esfuerzo.

Esta es la actitud con la que debemos recordar hoy Independencia y Revolución.

¡Viva México!